

rillo o blanquísimo alabastro, decorando galerías y salones que sólo pudiera concebir una soñadora fantasía.

* *
* *

Cuenca, la ciudad de 15,500 habitantes, capital de la provincia de su nombre, tiene una situación verdaderamente original y pintoresca: levántase en la cumbre y laderas de un elevado cerro, separado de otros tres, más altos todavía, por grandes despeñaderos llamados *hoces*, y circundada por las corrientes de dos ríos, el *Júcar* y el *Huécar*, cuyas aguas se deslizan junto a sus murallas antiquísimas, entre peñascos enhiestos y elevadísimas cortaduras. «El cerro ofrece un constante declive, cuya anchura, en muchos puntos, da solamente lugar a una calle, gozando las casas, a uno y otro lado, de idéntica perspectiva: escarpadas rocas enfrente; en el fondo, corrientes aguas y verdes alamedas. La población se ensancha al par que descende, como una cascada desprendida de la cumbre; y en lo más bajo el arrabal imita un crecido remanso, rebosando fuera de las murallas.

Vista desde abajo la ciudad, presenta un vasto anfiteatro, una grandiosa pirámide de edificios erizada de torres, por encima de la cual descuellan otras informes pirámides de peñascos. Por ambos lados, las cortadas y sinuosas breñas, el murmullo solemne de uno de los ríos, los risueños puentes, los frondosos árboles, los templos y casas suspendidos a enorme altura sobre la roca o sobre colosales estribos: la variedad de balcones y azoteas comunica a sus angostos paseos singular encanto, sembrándolos de bellos accidentes los fantásticos vapores de la mañana, los anaranjados rayos del sol de una tarde de otoño, o la aérea iluminación que aparece en las entreabiertas ventanas por las noches de verano».

No faltan a nuestra ciudad históricos y muy apreciables



Puerta de la Catedral de Cuenca